

Silvio Zavala

Decano de los historiadores

Álvaro Matute

A la edad de 105 años, a finales de 2014, falleció una de las más robustas figuras intelectuales de México: Silvio Zavala, autor de una obra abundante, profunda y de aplaudidos alcances en el campo de la historia. ¿Cómo evaluar la herencia cultural de un autor tan fecundo? El historiador Álvaro Matute recorre algunos de los hitos particulares más relevantes del amplio continente diseñado en las páginas de Silvio Zavala.

El 4 de diciembre del año pasado, a poco más de dos meses de cumplir 106 años, falleció don Silvio Arturo Zavala Vallado, que tal era su nombre completo. Ejerció el decanato no sólo del gremio, sino de todas y cada una de las instituciones de las que formaba parte: El Colegio Nacional, la Academia Mexicana de la Historia, entre otras. Su larga vida corresponde a la que tuvo como profesional de la historia, ya que a los 25 años de edad, cuando obtuvo su doctorado en Madrid, poco antes del estallido de la Guerra Civil, ya era autor de dos libros, uno de los cuales, imponente: *La encomienda indiana*, no sólo por el enorme número de páginas que tiene, sino por la fatigosa investigación que realizó para escribirlo. Aparte, tenía publicada su tesis doctoral: *Los intereses particulares en la Conquista de la Nueva España*. Sin poner freno siguió con *Las instituciones jurídicas en la Conquista de América* en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, que dirigía don Ramón Menén-

dez Pidal y por el que habían desfilado varios mexicanos, entre ellos Alfonso Reyes.

El retorno a México se hizo obligado al finalizar 1936, por las razones que pueden resultar obvias a los lectores. En nuestras tierras colaboró con Genaro Estrada e investigó y publicó *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*, en el que muestra cómo Vasco de Quiroga aplicó las enseñanzas del humanista inglés para organizar los oficios y los poblados del obispado de Michoacán, a su cargo. Al cumplir 30 años, podía hacerse referencia a él como *don* Silvio Zavala, ya que su obra, por el oficio, la madurez y la erudición que ofrecía, lo ponía a la par con historiadores que fácilmente podrían doblarle la edad.

No se trataba de un hombre recluido en un cubículo, ya que no los había entonces en el medio mexicano, sino que había que involucrarse en la fundación de instituciones. Así, fue cabeza de la Comisión de Historia



Silvio Zavala (1909-2014)

del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, donde instituyó el Programa de Historia de América y creó la *Revista de Historia de América*, donde colaboraron historiadores de todo el continente e hicieron sus primeras armas como reseñistas y autores de obituarios los jóvenes estudiantes y luego egresados de El Colegio de México, de cuyo Centro de Estudios Históricos fue fundador y maestro. Entre sus discípulos se cuenta, entre muchos otros, a Ernesto de la Torre, Carlos Bosch, Luis González y Pablo González Casanova.

Como resulta prácticamente imposible enumerar toda su obra, me voy a referir sólo a algunos trabajos que pertenecen a diferentes campos de especialidad, ya que podría haberse quedado en el de sus preferencias mayores, que era el siglo XVI, al que seguiría consagrado con libros como *La filosofía de la Conquista* y los *Ensayos sobre la colonización española*. Consciente de que la historia no debe ser sólo para especialistas, escribió para obras generales de corte enciclopédico, como la *Historia universal* de la editorial Jackson, una síntesis de la historia nacional mexicana, y más adelante, para la *Historia de la humanidad* de la UNESCO, capítulos de su propio campo de trabajo, revisados para la última edición por el británico Peter Burke. Asimismo, en colaboración con Ida Appendini, fue autor de una *Historia universal moderna y contemporánea*, utilizado como libro de texto para el bachillerato.

Para referirme a él, utilizaré la primera persona, ya que tuve el privilegio de llevarlo en mi clase de historia universal en la Preparatoria 5 de Coapa, gracias al buen tino de la maestra Guillermina González Valdés. Conservo mi ejemplar, con el buen recuerdo de que invitaba a ser leído. Era claro, directo, balanceado, ilustrado de manera sobria, desde luego didáctico. Pensaba que cómo era posible que no hubiera uno semejante para historia de México, o si lo había, no lo conocía. Los días que tocaba clase de la materia, lo leía a primera hora en el camión que me llevaba de Olivar de los Padres a San Ángel, sentado, porque lo tomaba en terminal, y en la casi media hora del trayecto, llegaba con el tema bien leído. Obviamente saqué diez. Después supe que el coautor era uno de los historiadores mexicanos más destacados.

Ya en la carrera de historia, por De la Torre y Bosch fue que tuve un contacto más cercano con su obra, no sólo la escrita, sino la institucional. Esto en referencia al Instituto Panamericano de Geografía e Historia, donde como señalé estableció el Programa de Historia de América que consistiría en la elaboración de tres obras monumentales, una para cada uno de los periodos en que se suele dividir la historia de nuestro continente: precolombino, colonial y nacional. Hubo también proyectos para hacer historias nacionales de las ideas y de la historiografía que lamentablemente no llegaron a cris-

talizar, sino sólo en algunas manifestaciones. Su elaboración y planeación fue ejemplar. Tómese en cuenta que en los años de la Segunda Guerra Mundial, con la paulatina consolidación del trabajo histórico académico e institucionalizado, algunos practicantes de la disciplina, como Manuel Toussaint y, desde luego, Silvio Zavala, se percataron de las enormes carencias de conocimiento organizado y articulado y pusieron manos a la obra. Zavala reunió a especialistas de casi todos los países americanos, los cuales, bajo la coordinación de Pedro Armillas, para la América precolombina, y Charles C. Griffin, para la nacional, con el propio Zavala como cabeza de la historia colonial, emprendieron la elaboración de sendos programas en los que se incluyeron los temas a tratar, de manera de no dejar fuera ningún espacio americano a lo largo de los tres grandes tiempos señalados. De esos programas surgieron muchos pequeños libros en los que se desarrollaban temas, todavía no como monografías acabadas, sino como breves desarrollos preliminares, con indicaciones bibliográficas. No se trataba propiamente de estados de la cuestión sino de proyectos amplios, que ya podían satisfacer la necesidad de conocimiento sobre espacios bien delimitados en cada uno de los tres tiempos. Los cuadernillos tenían un colorama: los precolombinos eran rojos, amarillos los coloniales y verdes los nacionales. Como estudiante de Ernesto de la Torre, leí muchos de los rojos para la clase de América precolombina que él impartía, así como el libro de Armillas; para la clase de Carlos Bosch consulté los verdes y el libro de Griffin. No llevé ninguna clase de historia colonial con algún discípulo de don Silvio, pero sí consulté su librito amarillo, *Hispanoamérica septentrional y media*. Sus paralelos fueron los de Charles Verlinden, con *Précédents médiévaux de la colonie en Amérique*, de Mariano Picón Salas *Suramérica*, de José Honorio Rodrigues *Brasil* y de Max Savelle *United States*. Estos son los libritos amarillos, que tuvieron sus correlativos verdes y rojos, escritos por diversos especialistas.

La meta era escribir tres grandes historias, pero sólo una se hizo posible, ya no con el pie de imprenta del IPGH, sino de Porrúa y no en los tiempos de la Comisión presidida por Zavala, sino hasta 1967. Se trata de dos robustos volúmenes con el título de *El mundo americano en la época colonial*. Su autor único es don Silvio, quien contó con la colaboración de la doctora María del Carmen Velázquez, quien se ocupó del segundo volumen consagrado al aparato crítico de la obra.

El mundo americano en la época colonial representa la realización de un anhelo generacional consistente en dar a los posibles lectores el panorama general que bien podía servir de punto de partida para investigaciones monográficas, ya aisladas o autosuficientes, ya comparativas entre los distintos procesos de colonización de-

sarrollados entre los finales del siglo xv y el xviii en las distintas áreas, la hispanoamericana, la lusitana, la francesa, holandesa, angloamericana y los intentos rusos ya dieciochescos. Conocer América en visión general, pero no sucinta sino detallada y precisa. El libro tiene la factura Zavala. Enemigo de la generalización, cada proceso y cada región son recorridos con la minucia que una obra de esta envergadura podía permitir. Tras el recorrido geográfico, físico y humano, para decirlo con las palabras de entonces inteligibles ahora, esto es, recorrer el continente a través del espacio físico y humano. En este último renglón, el autor pone énfasis en las civilizaciones indígenas que reciben la presencia de europeos, africanos y asiáticos, una vez que resultan posibles los intercambios mundiales. Después va por los procesos económico, social, institucional, político, religioso y cultural. Por fin, cuando se consolidan los procesos que desembocan en distintos perfiles de nación, se abren los movimientos de emancipación de las respectivas metrópolis. Cada aspecto es recorrido en los distintos ámbitos de acuerdo con cada una de las presencias europeas que dan identidad a las diversas regiones. Todo ello en un volumen de 643 páginas, complementado con otro en el que aparecen las notas, la bibliografía y el índice analítico, en 671 páginas, a su vez.

Es fácil decir, pero no tanto imaginar, por qué sólo Silvio Zavala fue capaz de emprender una obra de tal naturaleza. *El mundo americano en la época colonial* fue para su autor un puerto de llegada; para muchos pacientes lectores, un puerto de salida. Su formación como historiador fue dentro del campo de las instituciones establecidas por el imperio español en Indias, bajo la égida de don Rafael Altamira y Crevea, que convirtió a un puñado de jóvenes abogados en sólidos historiadores, acaso Zavala el más destacado, el que ostenta la obra más copiosa y sólida

Su colaboración para la *Historia universal* de la Editorial Jackson fue recogida posteriormente en un libro, *Apuntes de historia nacional, 1808-1974*, en el que se sale del ámbito histórico en el que se desempeñaba con plenitud. Se trata de un recorrido por la historia nacional mexicana, a partir de la Independencia, en poco más de 200 páginas.

Tomo como muestra de la calidad histórica de don Silvio su tratamiento del conflicto religioso de 1926-1929. Es un modelo de ponderación, pese a que en el párrafo inicial indica que por la tolerancia de Porfirio Díaz con la Iglesia, esta “recuperó la energía y la influencia económica que había perdido durante la guerra de Reforma” (p. 151) para después adentrarse en un relato de cuatro páginas en las que describe las tensiones y las acciones que gobierno y católicos emprendieron desde la subida de Madero al poder hasta el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas en el que subraya

datos demográficos que indican que el censo de 1930 cuenta a “16’179,667 católicos, 130,322 protestantes, 175,180 personas sin ninguna religión y 9,072 israelitas”, en el renglón siguiente, cierra el apartado señalando que: “En 1937 gozaban de permiso para oficiar en toda la República 197 sacerdotes católicos” (p. 155). Por tratarse de un texto escrito para una obra de tipo enciclopédico, Zavala hace gala de precisión en sus datos, colocándolos como si se tratara de un tablero de ajedrez en el cual reseña la acción jugada por jugada, tanto de las piezas blancas como las negras, sin dejar de subrayar los intentos de jaque y cómo ninguno de los contendientes da el mate final. Tablas.

La colonización del Nuevo Mundo fue el gran tema de su vida. A él dedicó infinidad de títulos que incluyen libros, folletos, artículos, ensayos, recopilaciones documentales de textos originales encontrados por él en archivos, discursos, en fin, una obra plena.

Sus compromisos institucionales lo llevaron a ocupar la presidencia de El Colegio de México, dirigir el Museo Nacional de Historia, formar parte de la Junta de Gobierno de la UNAM y del Servicio Exterior Mexicano, en la categoría de embajador.

Silvio Zavala fue dentro del ámbito historiográfico en el que se desarrolló y al que desarrolló, quien mejor encarna la institucionalización académica en México, con todos los significados que se le quiera dar a esa asociación de palabras. Fue quien mejor desempeñó el oficio de historiar de acuerdo con las reglas del juego que se comenzaron a establecer en el Berlín rankeano y se fueron consolidando desde el siglo xix. No es que no hubiera en México quien las hubiera adoptado, pero sin duda Zavala fue el que elaboró de la mejor manera el seguimiento de las reglas del método observado internacionalmente, de desarrollar las dos escrituras requeridas por la historia: el piso narrativo superior y el cimiento de abajo, integrado por las referencias y las disquisiciones propiciadas por el diálogo con las fuentes. Fue el maestro de la heurística, en la acepción que damos los historiadores a esta palabra. De ahí que no sea casual que los dos discípulos mencionados, De la Torre y Bosch, hayan enseñado y escrito sobre metodología y técnica de la investigación y que otro alumno, Luis González, haya escrito su magnífico libro, precisamente *El oficio de historiar*. Los tres le debieron eso a su maestro, don Silvio, a quien debidamente reconocieron en diversos homenajes, recibidos por él en vida, ya que los tres —y otros muchos— se le adelantaron. Ahora los recordamos como continuadores de lo bien aprendido en los seminarios del doctor Silvio Arturo Zavala Vallado. **U**

Parte de este texto fue leído por su autor en el Homenaje a don Silvio Zavala en la Academia Mexicana de la Historia, el 3 de febrero de 2015.